

Enero - Junio 2026



Vol. LX - Núm. 1

ESTUDIOS TRINITARIOS



SALAMANCA

estudios trinitarios

Enero-Junio

2026

Vol. LX - Núm. 1

SUMARIO

EDITORIAL 7-10

ESTUDIOS

AUDISIO, L. M., *La llamada en el monte: Mc 3,13-18
como momento teofánico* 13-46

DE SOUZA, W., *La defensa de la divinidad del Espíritu Santo
en el quinto Discurso teológico de Gregorio de Nacianzo* 47-87

SINGH, C. M., «*Cómo vio Moisés al Señor*». *La esperanza y
la visio Dei en san Agustín* 89-112

MEDIALDEA, A. R., *La Trinidad a la luz del Oriente cristiano:
teología y diálogo ecuménico* 113-143

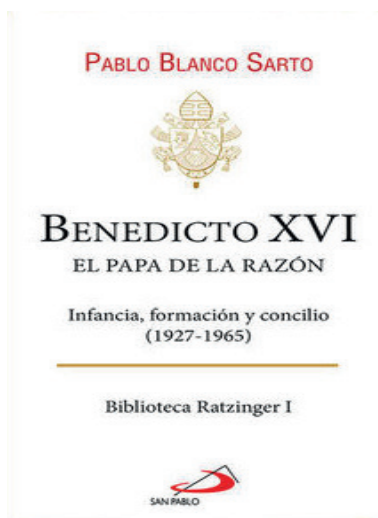
BIBLIOGRAFÍA GENERAL 145-169

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

Blanco Sarto, Pablo. *Benedicto XVI. El Papa de la Razón. Infancia, formación y concilio (1927-1965)*. Biblioteca Ratzinger I, San Pablo, Madrid, 2024. 612 pp. ISBN: 978-84-285-7219-4.

El autor de esta monumental biografía crítica tiene bien acreditada su competencia para abordar este trabajo por los muchos estudios que sobre la vida y obra de Ratzinger

ha publicado y que, no en vano, le han merecido el Premio Ratzinger en 2023. En el Prólogo, el obispo de Ratisbona Dr. Rudolf Voderholzer, en solo tres páginas, ofrece un retrato precioso en el que destaca el amor de Ratzinger desde pequeño a la liturgia, especialmente de Navidad, y señala algo que merece ser destacado: “Benedicto XVI fue el último papa cuya vida y obra están estrechamente vinculadas a todas las



sesiones del concilio”. También señala que Ratzinger, por la forma de expresar con sencillez y belleza los más intrincados asuntos teológicos, “le ha valido el honroso título de ‘el Mozart de la teología’”. Luego, en la Presentación de esta obra, el autor señala el itinerario: “Ofrecemos en estas páginas, mucho contexto histórico, filosófico, teológico e incluso artístico y literario para entenderlo mejor” (la vida y la obra de Ratzinger); y más adelante: “En estas páginas pretendo situar al personaje en su contexto, acercándome a su tierra, a su infancia, a sus estudios y a un acontecimiento que marcó toda su vida”, que no dice cuál, pero creo que se refiere a la ordenación presbiteral. Y todo esto lo va describiendo y analizando a través de los cuatro amplios capítulos de esta obra. La metodología empleada es muy acertada, en mi opinión, porque cada capítulo está encabezado con una cronología que recorre los acontecimientos, hechos y personajes más significativos y creativos del periodo analizado, empezando por la cultura alemana, que es el suelo patrio donde nace y crece y vive Ratzinger. La cronología del primer capítulo abarca desde el c. 400 a.C. hasta el año 1926. Metodológicamente opta también el autor por completar la narración de la historia que va recorriendo con una serie de notas a pie de página que no hay que dejar pasar, pues iluminan y matizan mucho el texto. Aquí el lector es sumergido en la historia de Alemania: desde la primera evangelización, pasando por la Reforma, la Ilustración y el Romanticismo, en la filosofía, hasta llegar a la relación entre la fe y la razón cuando Dios entra en la Universidad (facultades de teología evangélica y católica, algo que a un profesor le asombraba mucho, pues tanta dedicación a algo que no existe...). Pero Alemania no llega a unificarse hasta mediados del siglo XIX; por eso el autor dedica un apartado a presentar la tierra con su historia y cultura propia de Baviera, la patria chica de Ratzinger. Todo este recorrido lo hace el autor recogiendo los datos más importantes de la historia y cultura de esta nación para enmarcar al personaje

objeto de este libro. Pero, en esta larga historia, falta todavía algo que añadir: la penosísima época del nazismo, en la que al pequeño Ratzinger le tocó vivir y padecer junto con sus padres y otras muchas personas, con la referencia al nuncio en Berlín primero y luego en Baviera de Eugenio Pacelli, más tarde cardenal y Secretario de Estado con Pío XI, que jugó un papel importante en la redacción (“salida inicialmente del puño y letra de Faulhaber”) de la encíclica *Mit brennender Sorge*, que condenaba la idolatría de la raza y del Estado, y acaba como Pío XII en los terribles días de la II Guerra Mundial, aguantando después las calumnias que sobre él levantaron sus enemigos de influencia comunista (el escritor Rolf Hochhuth, con su obra *El vicario*, de 1963, en la que le acusaba de complicidad con el régimen nazi), a los que se añadieron los judíos por odio a la fe católica, a pesar de los cientos de miles que se salvaron de la muerte por él y por los llamamientos que él hizo a las órdenes religiosas y a los nuncios para que trabajaran lo que pudieran para aminorar esta tragedia, clara obra del Anticristo. Por eso, la primera ministra israelí Golda Meir lo llamó “servidor de la paz y defensor de los judíos”. Leyendo este apartado de la historia reciente de Alemania, uno se queda estupefacto: cómo fue posible que aquella gran nación, casi entera, cayera en brazos de aquella ideología demoniaca encarnada por Hitler, sin olvidar muchos comportamientos de ambos lados de los aliados, y el adolescente Ratzinger fue obligado, como todos los demás adolescentes alemanes cuando ya estaba perdida la guerra, a afiliarse a las juventudes hitlerianas y participar como soldado en varias operaciones militares de defensa antiaérea. No olvida el autor la oposición firme de algunos obispos al régimen nazi, como el cardenal Michael Faulhaber de Múnich, que ordenó al joven Joseph Ratzinger y a su hermano Georg, como también el obispo Clemens August von Galen, llamado el León de Múnster por su oposición al régimen nazi, y por su valentía Pío XII lo creó cardenal al terminar la Guerra el 23 de

diciembre de 1945 junto con el arzobispo de Berlín Konrad von Preysing y el de Colonia Joseph Frings, que dará mucho que hablar junto con Ratzinger en el futuro. Muchos sacerdotes fueron torturados y encarcelados en campos de concentración como el de Dachau cerca de Múnich. Entre los evangélicos también hubo oposición (y mártires, como D. Bonhoeffer o los jóvenes universitarios de “La Rosa Blanca”, los hermanos Hans y Sophie Scholl, entre otros muchos) representada por Karl Barth en torno a la llamada “Iglesia confesante”, cuyo credo era “primero Dios, después Alemania”, frente a la mayoría que apoyaba a Hitler agrupada en “los cristianos alemanes” integrados luego en las Juventudes hitlerianas.

La cronología del segundo capítulo, que titula “Orígenes familiares”, abarca primero lo que se refiere a la familia: los padres, que se conocieron y casaron bastante mayores y a través de un anuncio, y los tres hijos, María, Georg y Joseph (1927-1937). Naturalmente, en este capítulo de la historia familiar tiene mucha importancia el testimonio del hermano Georg, que lo recoge el autor con frecuencia; sigue la descripción del proceso de su formación, fue un alumno destacado en los estudios: “Me gustaba sobre todo el latín y el griego, aunque también he aprendido bien el hebreo”, eso junto con su amor por la poesía, la música y la liturgia, parece que ya, en los destinos de la Divina Providencia, se estaba encaminando hacia lo que será su vocación definitiva: el sacerdocio, vocación que fue madurando poco a poco, “como un progresivo acercamiento a la fe y a la llamada de Dios”, todo en el escenario de Baviera con la presencia cada vez más apabullante del ambiente político y cultural impregnando de la ideología nazi (1938-1939); sigue el periodo de la II Guerra Mundial (1939-1945), con todas las tropelías que Hitler va cometiendo, desde la anexión de Austria hasta su derrota total, cuando Ratzinger cumplía 18 años el 16 de abril de 1945 y estaba en condiciones de ser llamado como soldado al Ejército, pero el “30 de ese mismo mes la

bandera soviética ondeaba ya sobre el Reichstag en Berlín, mientras Hitler decidía acabar con su propia vida”, y el soldado Ratzinger decide desertar..., capturado enseguida por los aliados y llevado a una prisión campestre, y liberado “el 19 de junio de 1945”; cuando llegó a casa era “la noche del viernes del Sagrado Corazón de Jesús”; pocos días después llegó su hermano Georg procedente del frente de Italia, que enseguida, con la familia de nuevo completa, entonó al piano “*Grosser Gott, wir loben dich*”.

La cronología del tercer capítulo, dedicado a la formación intelectual de nuestro protagonista, que tiene lugar entre Múnich y Frisinga, abarca desde 1945 a 1959 con muchos acontecimientos eclesiales, sociales y políticos de por medio, terminando con la muerte de Pío XII y la elección de Juan XXIII (1958), y la sorpresa que le dan a Ratzinger de la cátedra de teología fundamental en la Universidad de Bonn y la rehabilitación de Henri de Lubac (1959). Este periodo de formación intelectual y luego de práctica en la formación del seminario en Frisinga es sin duda decisivo, no solo por lo que aprende, el llamado por sus compañeros “Ratzinger de los libros” (*Bücher-Ratz*) frente a su hermano músico *Orgel-Ratz*, sino también por los autores que lee y frecuenta. En este capítulo el lector recordará los grandes nombres con sus ideas y aportaciones teológicas, litúrgicas y pastorales de aquellos grandes autores en la Universidad de Múnich desde el ítalo alemán Guardini, el renano Gottlieb Söhngen, su director de tesis sobre la eclesiología de san Agustín y el trabajo de habilitación sobre la revelación en san Buenaventura con la angustia que padeció al defenderla, pues la rechazó, en un primer intento, el codirector Michael Schmaus, y luego su acercamiento al francés Henri de Lubac, y a Karl Rahner y al suizo Hans Urs von Balthasar. Pero en medio de todo esto está la ordenación sacerdotal de él y de su hermano por el anciano cardenal antinazi Michael von Faulhaber, el día más feliz, el 29

de junio de 1951, a la edad de 24 años, con la presencia de sus padres y hermana María, y a los pocos días, el 8 de junio, los dos hermanos celebraron su primera misa en su pueblo Traunstein, a primera hora Joseph y a la hora mayor su hermano Georg con más solemnidad. “En el recordatorio de la ordenación, se recoge el texto de 1Cor 1,24: *No somos los dueños de vuestra fe, sino servidores de vuestra alegría*”. Se leen con gusto sus primicias pastorales como neo sacerdote y como profesor investigador en el seminario de Frisinga. “Fruto de la labor pastoral de aquellos años fue el artículo de 1958 titulado *Los nuevos paganos y la Iglesia*, que a unos gustó y a otros molestó, pues anticipaba lo que hoy es una realidad incontrovertible: “Esta Europa nuestra, cristiana de nombre, es –desde hace cuatrocientos años– la cuna de un nuevo paganismo, que crece sin parar en el corazón mismo de la Iglesia y que amenaza con demolerla”.

El cuarto capítulo lo centra en el concilio Vaticano II, comenzando, como de costumbre, con la cronología de los hechos más relevantes de la época enmarcados en su trayectoria personal: primero en Bonn (1959) y luego en Múnster (1963-1966), o sea, en las dos ciudades de su actividad docente. Llama la atención que “el 1 de enero de 1958 recibía el nombramiento de profesor titular de teología dogmática y fundamental en Frisinga [...] y en verano de 1958 me llegó una invitación para ocupar la cátedra de teología fundamental de Bonn: la cátedra que mi maestro Söhngen había deseado siempre, pero que las circunstancias de esos años le habían impedido alcanzar”. Pues bien, a comienzos del año 1959 Juan XXIII anuncia la convocatoria del concilio y Ratzinger comienza sus clases en Bonn, su primer amor, y en junio pronuncia una *lectio magistralis* titulada *El Dios de la fe, el Dios de los filósofos* (“la guía de mi pensamiento”, dirá más tarde), que tuvo una gran acogida y, desde entonces, fue un profesor popular por su manera de dar clases y por sus contenidos, eso sí, sin dejar de ser sacerdote y celebrar la Misa a primera hora antes de ir a la Facultad. En

dicha lección inaugural aparecen algunos datos de su sistema teológico: el concepto de persona “obtenido a partir de la fe trinitaria” y la íntima relación entre la fe y la razón se han mantenido firmes en su pensamiento teológico. Como Bonn, capital de la nueva Alemania occidental, no está lejos de Colonia, el arzobispo cardenal Frings está al tanto de lo que se cuece en aquella facultad de teología, y comienza los contactos con el joven profesor, que le echa una mano tanto en la preparación de los temas-esquemas a debatir en el aula conciliar, sobre todo en lo referido a revelación y eclesiología (la colegialidad, la libertad religiosa y otros). Ratzinger estuvo metido de lleno en la temática conciliar, primero como asesor de Frings (uno de los grandes y decisivos padres conciliares) y luego como perito conciliar. O sea, si alguien sabe lo que fue el concilio por dentro, cómo se desarrolló, con qué dificultades tropezó y superó, qué fines promovió y los logros que promulgó en sus constituciones, decretos y declaraciones, ese se llama Ratzinger. Por eso, ya pontífice, lo primero que hizo fue señalar, no cuál fue el espíritu del concilio, sino la hermenéutica con la que interpretarlo. Benedicto XVI lamentó en más de una ocasión que el verdadero concilio fue suplantado por el concilio virtual de los medios de comunicación con las consecuencias nefastas que hasta hoy padece la Iglesia. Por eso, es tan importante la aportación de este cuarto capítulo, que recorre de la mano de nuestro perito conciliar las cuatro sesiones del concilio con sus esquemas viejos y nuevos, sin obviar los debates y las agrias discusiones entre la mayoría renovadora (liderada por el episcopado francés, alemán, belga y austriaco con sus peritos y teólogos, entre los que estaba Ratzinger) y la minoría conservadora (entre otros, el episcopado español), destacando sus aportaciones principales en las grandes constituciones, decretos y declaraciones, bajo la guía de Pablo VI (‘arquitecto del concilio’), que tuvo intervenciones decisivas en algunos asuntos (se reservó la cuestión del celibato y la regulación de

los medios anticonceptivos) y mandó incluir la *Nota explicativa praevia* al final de la constitución LG que, sin formar parte del texto conciliar, sí que hay que tenerla en cuenta para interpretar correctamente la doctrina sobre la colegialidad y su relación con el primado, también quiso completar la doctrina sobre los títulos marianos enumerados por el concilio cuando, “por la tarde [del 21 de noviembre de 1964 día en que Pablo VI promulgó la constitución] proclamó a María Madre de la Iglesia en un acto vespertino organizado en Santa María la Mayor... En realidad, se sacaba la última consecuencia del último capítulo de la *Lumen Gentium* sobre la Madre de Jesucristo”. Y todo esto en medio del traslado de Ratzinger de Bonn a Múnster y aquí, como catedrático de dogmática, acompañado de la tristeza de los alumnos renanos y alegría de los munsterianos profesores y alumnos (llegó a tener hasta 600 alumnos en sus clases). Aquí, en esta bella ciudad católica de Westfalia, estuvo solo tres años, pero muy fructíferos, pues en la p. 525 dice el autor que, “entre 1963 y 1966, Ratzinger publicó nueve libros, setenta artículos de diversa extensión, amén de algunas voces para distintos diccionarios teológicos” (cifras que no coinciden con las que se dan en la nota 328, p. 587). De su estancia en Múnster se recuerdan también las tres homilías que predicó en la catedral de San Pablo, llena de gente joven, durante el adviento de 1963 sobre la fe y el amor, y que luego publicó en un libro con este título *El que ama, ese es cristiano*, y en la reciente edición española *Ser cristiano (Vom Sinn des Christseins. Drei Predigten)*, Bilbao 2005. Y, a modo de resumen, afirma: “Cristiano es quien tiene amor. Esta es la sencilla respuesta a la pregunta sobre la esencia del cristianismo”, añadiendo que la figura más emblemática del ser cristiano es María, que vivió del amor y para el amor. El 25 de mayo de 1966 dictó su última lección en Múnster rumbo Tubinga “en tren”.

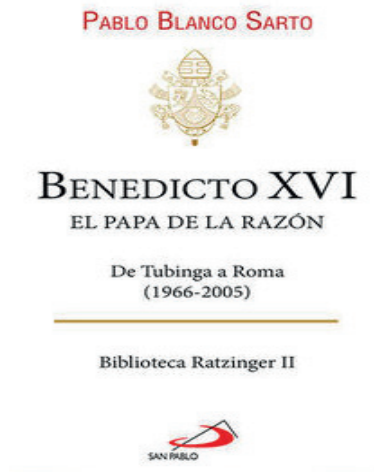
En los cuatro capítulos de este primer volumen se encuentran aportaciones importantes para conocer la biografía

de Ratzinger (que para eso se recuerdan), pero es en el último donde su figura se agranda, no solo por lo bien que describe desde dentro el desarrollo del concilio en sus cuatro sesiones y sus propias aportaciones como perito teólogo, sino también por el trabajo realizado en comunión con otros peritos y teólogos bien conocidos hasta llegar a fundar la revista conciliar por excelencia *Concilium* (aunque pronto, vista su deriva posconciliar, se alejó de ella y de ellos...).

Menciono, para terminar, cuando justamente hoy se cumple el tercer aniversario de su muerte, la amplia bibliografía utilizada para componer este libro, magníficamente editado sin apenas ninguna errata, salvo la que aparece en la p. 49 referida al filósofo nominalista Gabriel Biel (1918-1945, cuando en realidad es c.1420-1495), ordenada por orden alfabético de la p. 589 a la 607. Bien merece su autor nuestro más sincero reconocimiento, a la espera de leer el segundo volumen de esta biografía crítica de la figura excepcional *Benedicto XVI. El Papa de la razón*. [José María de Miguel González].

Blanco Sarto, Pablo. *Benedicto XVI. El Papa de la Razón. De Tubinga a Roma* (1966-2005). Biblioteca Ratzinger II, San Pablo, Madrid, 2025. 640 pp. ISBN: 978-84-285-7417-4.

Como anota el autor en la Presentación de este segundo volumen de su “biografía [sobre *Joseph Ratzinger*] crítica y contextualizada, documentada, teniendo en



cuenta en primer lugar los textos del biografiado y los escritos sobre él [...]. En este volumen recorreremos su vida [...] desde su estancia en las universidades de Tubinga y Ratisbona, así como su ministerio como arzobispo de Múnich y Frisinga, y como prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, hasta su elección como sucesor de Pedro”. Trabajo que emprendió el autor a modo de homenaje “al acercarse el centenario de su nacimiento en 2027”, con objeto de dar a “conocer mejor su vida, su obra y su pensamiento”.

La metodología es la misma que la usada en el volumen anterior: primero la *Cronología*, recordando los acontecimientos importantes eclesiales, culturales, políticos de esa década, en este caso desde 1966 a 1976, arrancando de Múnster, pasando por Tubinga (1966-1969), hasta llegar a Ratisbona (1969-1977). La otra característica que permanece invariable son las abundantes notas a pie de página que completan y matizan afirmaciones que aparecen en el texto mayor; a veces resultan algo cansinas, pero creo que hay que hacer el esfuerzo de leerlas para comprender mejor lo que está en juego en las declaraciones y polémicas referidas a él, primero como profesor universitario con sus publicaciones, luego como arzobispo de la gran diócesis bávara de Múnich y finalmente como Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe. Como en el primer volumen, organiza su trabajo en cuatro capítulos bajo los epígrafes: I. El profesor de teología (en esas dos universidades), como II. Arzobispo en Múnich, como III. Prefecto en Roma, y IV. Al comienzo del milenio.

Lo suyo parece que era la investigación y la docencia, pero la obediencia le cambió los planes, y la obediencia siempre es costosa, porque hay que sacrificar y renunciar a metas que uno anhelaba. Es el caso de Ratzinger, que tenía una gran capacidad intelectual y comunicativa para llevar a cabo su vocación. Pero Pablo VI, que le había conocido como perito conciliar y leído algunos de sus libros, y seguía con preocupación la deriva

posconciliar que tanto le hizo sufrir, le encomendó la diócesis de Múnich y, a continuación, le creó cardenal. Y con lo a gusto que estaba en la gran ciudad bávara, haciéndose ya con ella, le llega otro disgusto que iba a durar muchos años: el Papa polaco lo llama junto a él hasta presidir el funeral por su eterno descanso y el cónclave, del que salió elegido como Benedicto XVI.

De la universidad de Múnster pasó a la prestigiosísima (entonces) de Tubinga para ocupar la cátedra de Teología dogmática creada por Hans Küng para su (entonces) amigo Ratzinger. En esta universidad, también sacudida entonces por las revueltas del 68 y el neomarxismo dominante, y dentro de la Iglesia las protestas por la encíclica de Pablo VI *Humanae vitae*, tuvieron lugar en el *Auditorium maximum* las conferencias sobre el *Credo* abiertas a todas las facultades con tal éxito que dieron lugar al más famoso de sus libros “Introducción al cristianismo” (1968), que aquí fue editada al año siguiente por Sígueme con una *Nota preliminar* de Olegario González de Cardedal. Aquella revuelta situación universitaria le llevó a Ratzinger a aceptar otra invitación en una universidad más tranquila recientemente creada en Ratisbona, y encima en su Baviera natal. A Hans Küng no le gustó nada la marcha de Ratzinger y, a partir de entonces, se habló del “trauma de Tubinga” que, dice, Ratzinger nunca superó, y empezó a circular “el mito de la *grosse Wendé*”, el gran cambio del Ratzinger progresista al Ratzinger conservador, hasta acuñar el mote que le puso Küng como “El gran Inquisidor”, a poco de tomar posesión de la Congregación para la Doctrina de la Fe. Este supuesto cambio, le ocasionará el “odium theologicum” entre los progresistas. En este primer capítulo merece la pena el cambio, aquí sí, que experimentó la revista *Concilium*, fundada para promover el concilio, y su deriva por otros caminos ajenos al verdadero concilio, eso sí apelando al “espíritu del concilio”. En frente, otros teólogos como Urs von Balthasar, Henri de

Lubac y el propio Ratzinger, fundaron la revista *Communio* que, como su nombre indica, querían salvaguardar la eclesiología del concilio, o sea, la unidad de la Iglesia como Pueblo de Dios y Cuerpo de Cristo en comunión con Pedro. Su estancia en Ratisbona, “una universidad de provincias”, le devolvió la paz y quiso emprender allí la elaboración de una teología propia: “Me alegraba poder decir algo personal, nuevo, que hubiese crecido sin embargo dentro de la Iglesia”. Pero “lo único que conseguí acabar fue la escatología, que siempre he considerado mi obra más elaborada y cuidada”.

De la universidad a la catedral de Múnich para ser consagrado obispo el 28 de mayo de 1977, vigilia de Pentecostés, y un mes después, el 27 de junio, es creado cardenal por Pablo VI un año antes de morir el 6 de agosto de 1978. Ratzinger asumió como lema episcopal el de “cooperador de la verdad”, que intentó llevar a la práctica con amor. En realidad, la búsqueda de la verdad fue el motor de su labor teológica en las cuatro universidades donde enseñó e investigó. Ahora, en aquel clima posconciliar tan movido, tuvo que navegar como arzobispo sin ceder un ápice en la defensa de la verdad, pero con caridad. Este lema episcopal lo guiará en todas sus actividades hasta el final de su vida. Pero la defensa de la verdad, cuando se trata de la verdad de Dios y del hombre o de misma Iglesia, tiene un precio, porque la verdad en tiempos del imperio de las ideologías o ya no existe o ha sido reducida a opiniones. Como cardenal participó en el cónclave que eligió al primer papa no romano desde el siglo XVI, venido de lejos, el polaco Juan Pablo II, y también el primer arzobispo que lo recibió en la primera visita de un papa polaco a Alemania en noviembre de 1980, pero un poco antes, en octubre, le había nombrado relator del sínodo sobre la familia, del que salió el importante documento *Familiaris consortio* (1981), que iluminó el sentido o fundamento del ser y la misión de la familia hasta que llegó en

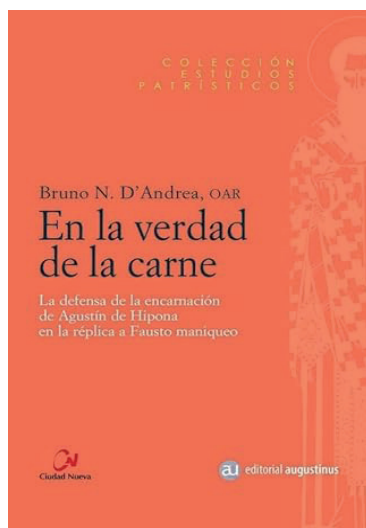
2016 la exhortación apostólica postsinodal *Amoris laetitia*, del papa Francisco, sobre el mismo asunto.

El último periodo de la vida de Ratzinger se desarrolló en Roma, primero como Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, periodo que es el que en este volumen se estudia, y luego hasta su muerte como Papa y como Papa emérito. Leyendo el trabajo desempeñado en estos años de 1982 a 2005 por Ratzinger al frente de la Congregación, por más que pidió al Papa en distintos momentos que lo liberara, uno no puede sino asombrarse de los frentes con los que hubo de lidiar, siempre en defensa de la verdad: con la teología de la liberación, o con los autores con doctrinas heterodoxas en campos diversos en moral sexual o de género o cristológicos, eclesiológicos, o con los lefebvrianos, etc., o los escándalos pederastia, hasta llegar en el año del Gran Jubileo con la publicación de la Declaración *Dominus Iesus* sobre la unicidad y universalidad salvífica de Jesucristo y de la Iglesia, haciendo, casi siempre, para los progresistas, de Gran Inquisidor; incluso para estos la publicación del Catecismo de la Iglesia Católica fue duramente criticada. En todo caso, la misión del Prefecto fue siempre defender la fe de los más débiles, de los pequeños, frente a la élite de los supuestos sabios de la teología liberal. Respecto de los documentos de la Congregación, siempre ha defendido Ratzinger que su trabajo allí fue colegial, sin imponer su propia teología, que eso lo dejaba para los libros en forma de diálogo con periodistas, que publicó por su cuenta, con el permiso de Juan Pablo II cuando lo llamó para esa difícil misión, que era como enfrentarse navegando en un mar fuertemente agitado, entre otras cosas, por el llamado “espíritu del concilio” y la oprimente “dictadura del relativismo”. O sea, tanto en los libros suyos como en los documentos de la Congregación el lector puede hacerse una idea no solo del estado de la teología y de los teólogos con sus preocupaciones, sino de la misma vida de la Iglesia, cuyos ecos llegan hasta hoy...

Termina el volumen con la muerte de Juan Pablo II y la elección de Ratzinger como Benedicto XVI, recordando los discursos de él como Decano del Colegio en la Misa *Pro eligendo Pontifice* y luego al día siguiente de ser elegido en la Capilla Sixtina a los cardenales electores, y finalmente en la jornada de su inauguración del pontificado en la Plaza de San Pedro. A la espera del tercer volumen que concluirá, espero, esta magna empresa llevada a cabo por Pablo Blanco Sarto y tan bien editada por Ediciones San Pablo, deseo que tenga muchos lectores, también en homenaje al gran teólogo y pontífice de la razón. [José María de Miguel González].

D'Andrea, Bruno N. *En la verdad de la carne. La defensa de la encarnación de Agustín de Hipona en la Réplica a Fausto*. Ciudad Nueva-Avgvstinvs, Madrid, 2026. 592 pp. ISBN: 108497156765

Quisiera comenzar esta reseña con un texto homilético en el que el predicador defiende las dos naturalezas en Cristo, pero especialmente subraya su humanidad, ante quienes la negaban, los maniqueos: «Sin el poder del Verbo, la voz del Padre, enviada del cielo, no habría dicho: *Este es mi Hijo amado en quien me he complacido*, y sin la verdad de la carne Juan no habría dado testimonio: *He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita el pecado del mundo*. Sin el poder del Verbo, no habría tenido lugar la sanación de los enfermos,



ni la resurrección de los muertos; y, sin la verdad de la carne, no habría tenido necesidad de alimento cuando tenía hambre, ni de sueño cuando estaba fatigado. Finalmente, sin el poder del Verbo, el Señor no se habría declarado igual al Padre, y, sin la verdad de la carne, no habría dicho que el Padre es mayor que él. En realidad, la fe católica acepta ambos aspectos, defiende ambos, porque cree que el Hijo de Dios es uno solo, hombre y Verbo, de acuerdo con lo que es propio de la sustancia divina y la sustancia humana»¹.

Este texto no es de Agustín, sino del papa León Magno –un autor posterior– y, como podemos ver, aparece allí la defensa de *la verdad de la carne*. ¿Habrá leído León esta expresión antes en el *Contra Faustum* de san Agustín, donde habla en estos mismos términos acerca de la encarnación de Cristo? La respuesta la dejamos abierta para que otro investigador se encargue de dar con ella.

Sí podemos notar con este juicio del papa León sobre la cristología deficiente de los maniqueos la misma valoración que mucho antes había hecho san Agustín, especialmente en la réplica al obispo maniqueo Fausto. En el libro de Bruno N. D'Andrea se puede acceder a los entresijos de una verdadera confrontación de cristologías en la que los adversarios manifestaban también diferentes maneras de comprender la salvación. Para los maniqueos, Jesús era una figura de salvación, pero al modo de *Saluator spiritalis* (F. Decret), descendido de la esfera divina para salvar sin asumir la humanidad, ya que él solo ofrecería un conocimiento (gnosis) salvífico –como dirá el maniqueo Fortunato, *scientia rerum*– y Manes sería el profeta revelador de dicho conocimiento. La cristología de Agustín y de su comunidad, en cambio, no hará más que confesar la fe eclesial: el Hijo de Dios realmente se ha hecho hombre para

¹ León Magno, *Sermón sobre la Pasión del Señor* (13) LXIV, 4.

hacernos partícipes de su filiación divina. En otras palabras, los fieles son hijos adoptivos por la encarnación del Hijo de Dios y ese —no el mero conocimiento de verdades— es el camino de la salvación.

El libro presenta una estructura clara, bien construida, aunque no debe darse por descontado en estudio sobre el *Contra Faustum*, que se presenta como una de las obras más complejas de analizar dentro de la producción agustiniana. Agustín responde a una obra de Fausto, a cada uno de sus *capitula*, para confrontar con él a propósito de una serie de temas que resume san Agustín en las *Retractationes*: «He escrito una obra extensa, *Réplica a Fausto, el Maniqueo*, que blasfema contra la Ley y los Profetas, y su Dios, y contra la encarnación de Cristo, y además porque dice que las Escrituras del Nuevo Testamento con que yo le refuto están falseadas, replicando a sus palabras propuestas con mis respuestas»². Agustín elige construir la obra sobre la base del antiguo género de las *quaestiones et responsiones*. El autor del libro muestra que esto se ha tenido muy presente al analizar los textos.

En el capítulo I se ofrece un nuevo *Status quaestionis* relativo a Fausto y el *Contra Faustum*. Se deja asentado de manera particular el impacto que han tenido los descubrimientos de fuentes directas del maniqueísmo en la evolución de los estudios sobre Fausto y su obra. Por otra parte, se enumeran los estudios más significativos al respecto, llegando hasta el año 2024. En el segundo capítulo se presenta el maniqueísmo, su relación con el gnosticismo, la figura de su fundador y su mito, que revela su doctrina de los dos principios y los tres tiempos. Por otro lado, se profundiza en el maniqueísmo norteafricano y su cristología. En todo momento, se percibe la constante valoración de estos elementos, teniendo en cuenta la

² Agustín de Hipona, *retr.* 2,7,1.

comprensión patristica del maniqueísmo, así como los estudios actuales desde la historia de las religiones. El tercer capítulo presenta el itinerario cristológico de san Agustín hasta el año 400, ya que en ese entonces estaría comenzando a elaborar su réplica al obispo maniqueo. En el itinerario descrito, aunque su énfasis recae en las obras antimaniqueas, se presentan los inicios y el desarrollo de la cristología de san Agustín hasta los primeros años del episcopado. El hilo conductor es el encuentro con Cristo del mismo Agustín y su comprensión progresiva y cada vez más profunda del misterio de la encarnación. En el cuarto capítulo se ofrece una presentación de la obra y una perspectiva concreta para su lectura: la confrontación de cristologías. Asimismo, se asoma cómo la soteriología que se deriva de ellas está detrás de la polémica entre los dos adversarios. En el quinto capítulo se desciende a la cristología de Fausto, elemento imprescindible para comprender la respuesta agustiniana. En términos generales, se desentraña su carácter doceta y su dependencia de una preeminencia de la autoridad de Manes sobre la autoridad de los escritos canónicos, lo que marca profundamente la presentación del Cristo de Fausto como un *Christus sine carne*. En el sexto capítulo se analizan exhaustivamente —y esto constituye una novedad— todos los textos de argumento cristológico, destacando su carácter antimaniqueo; más aún, emergen de otros libros de argumento no cristológico otros tantos elementos sustanciales para desarrollar la cristología soteriológica de Agustín como tema transversal de la obra. En el séptimo y último capítulo, el autor presenta a modo de síntesis la relevancia de nociones cristológicas presentes en la obra, que una mirada superficial pasaría por alto. Títulos bíblicos y otros propios de la tradición aparecen como el núcleo de la argumentación agustiniana en torno a la defensa de la *incarnatio Christi*, lugar o espacio de salvación del género humano. Me parece fundamental subrayar la teología de la mediación que se encuentra desarrollada a lo

largo de todo este capítulo. Permite ver cómo en la controversia antimaniquea se desarrolla también la concepción agustiniana del *Mediator*, transversal a toda la cristología agustiniana. Por otro lado, particularmente significativa es la figura de *Christus Sponsus*, que revela una polémica eclesiológica que parece menos común entre los maniqueos y Agustín, sobre todo si tenemos en cuenta que es la gran cuestión que ha enfrentado a los donatistas con el Hiponense.

Sin duda alguna, el libro tiene muchos méritos. Como bien muestra el autor, la investigación en torno al *Contra Faustum* no profundizó en la cristología soteriológica de Agustín presente en la réplica. El hecho de llevar adelante un estudio monográfico de estas características y con esta orientación hace valiosa la contribución del autor a los estudios agustinianos. Por ejemplo, puede destacarse su contribución particular al estudio del «proniceísmo» de Agustín, abordado actualmente por estudiosos como L. Ayres, M. R. Barnes y otros (pp. 442; 527-528). Ahora bien, me parece que un valor ulterior puede encontrarse en la perspectiva que se ha asumido a partir de la propuesta de B. Daley con relación a la cristología patristica (p. 59). Entiendo que este libro muestra que los estudios patristicos en torno a la persona y obra de Cristo deben continuar ampliando sus horizontes y no detenerse en los lugares comunes que hasta ahora han primado en la teología patristica. Así se comprende mucho mejor cuánto ha dicho el autor sobre el tipo de aportación lograda: se trata de teología positiva, tan importante ayer como hoy para desarrollar la ciencia teológica sistemática. Finalmente, solo una advertencia lingüística, que a lo mejor está fuera de lugar. Mirando al título de la obra, quizá interesase un cambio de preposición (encarnación por Agustín), dado que, si no, pareciera que quien se encarna es Agustín, no Cristo. [Enrique Gómez García].

Hincapié López, Julián Antonio. *Recorriendo la Ciudad de Dios*. Editorial Uniagustiniana, Bogotá, 2025. 258 pp. ISBN: 978-628-7727-05-2

La obra reseñada ofrece un análisis pormenorizado y estructurado de *La ciudad de Dios*, de san Agustín, situando a este en su contexto histórico inmediato: la crisis del Imperio romano y las acusaciones paganas que culpaban al cristianismo de su declive. El autor del

estudio responde a la intención de Agustín de refutar tales murmuraciones, ofreciendo horizontes de esperanza a aquellos de quienes se sentía su pastor y guía. Para ello, apela a un estilo directo, abordando las diversas cuestiones con claridad y concisión, y sin recurrir a excesos academicistas.

La estructura del texto se presenta como un paseo (de ahí el título) por los grandes temas de la obra agustiniana. Tras una sucinta introducción, en el primer capítulo se repasan rasgos generales de la obra (motivación, estructura, contenidos principales y, sobre todo, la célebre doctrina de las dos ciudades y de sus respectivos habitantes, así como sus correspondientes destinos finales). Seguidamente, se aborda la cuestión metafísica del ser y del existir a partir de los capítulos iniciales del Génesis, siendo este el capítulo más extenso con diferencia: presenta al Creador (su identidad, su obrar, su voluntad y su conocer) y su obra en el tiempo; luego se centra en las figuras de Cristo y de la Iglesia, de los ángeles y, sobre todo, de los seres humanos,



que le dan pie para profundizar en el pecado, la gracia, la fe, la obediencia, los milagros y las cuestiones escatológicas. Un capítulo posterior se dedica a lo gnoseológico (la verdad), sintetizando la exposición agustiniana sobre el alma, el conocimiento, la filosofía, la belleza, la presciencia divina, la naturaleza y, muy brevemente, el tiempo. De lo epistemológico se pasa a lo moral en el cuarto capítulo, donde se desentrañan el orden del amor y la realidad del bien, y elementos morales inherentes al ser humano, como apetencias, afectos, pasiones, virtudes, vicios y el universal deseo de felicidad. Finalmente, el libro culmina con la administración de la ciudad, en el que muy exigüamente se exponen los conceptos agustinianos del pueblo, la paz, la guerra, la justicia y la religión popular. Como portadillas, cada capítulo cuenta con unos hermosos carboncillos separadores, que recrean estampas de claro cariz agustino recoleto colombiano (El Desierto, la Casona, la torre de la Candelaria...).

Agradecemos la publicación de este volumen, que se postula como una herramienta académica valiosa para comprender la profundidad teológica e histórica de san Agustín, ofreciendo un recorrido sistemático por los pilares conceptuales de una obra enciclopédica. [Enrique Gómez García].

Gómez García, Enrique –
Somavilla Rodríguez,
Enrique (coords.).
*Entre credulidad e
increencia. La transmisión
de la fe cristiana en un
horizonte postsecular.*
UPSA Ediciones –
Sindéresis, Salamanca,
2025. 245 pp. ISBN:
979-13-87569-09-9.



**Entre credulidad e increencia.
La transmisión de la fe cristiana
en un horizonte postsecular**

Enrique Gómez García - Enrique Somavilla Rodríguez (Coords.)

Lo religioso sigue despertando interés, aunque lo hace con unos rasgos muy particulares que no nos permiten simplificar lo que es una realidad compleja y, sobre todo, que requieren un serio estudio de este fenómeno. Esto es lo que nos ofrece esta obra conjunta que coordinan Enrique Gómez y Enrique Somavilla: una reflexión académica sobre lo religioso en una sociedad postsecular y pluralista como la nuestra.

En la introducción, uno de los coordinadores, Enrique Gómez, presenta la obra, su estructura y el modo en que el *Pantocrator* que ilustra la portada ofrece pistas sobre el contenido. Las diez contribuciones de este libro estudian nuestro contexto sociológico, al menos en Occidente, desde perspectivas diversas y, sobre todo, con el interés puesto en cómo transmitir la fe cristiana en este escenario. Aunque esta estructura solo se explica en la introducción y no se refleja en el índice, el libro se organiza en tres partes que explican el orden de sus capítulos.

La primera parte reúne tres capítulos que ofrecen estudios de naturaleza más sociológica, fenoménica y filosófica. En ellos se pretende delinear los contornos de esta nueva secularización



en la que estamos insertos. Sergio Gadea Caballero inaugura la reflexión a partir del pensamiento del filósofo canadiense Charles Taylor. Gadea pretende mostrar cómo la consideración de Taylor sobre el origen de la secularización puede también considerarse una crítica a ciertas formas de poder espiritual promovidas por las élites modernas, y no tanto como un mero rechazo a las normas religiosas o a las instituciones en general. De hecho, como sostiene el autor a lo largo de su trabajo, Taylor pretende mostrar cómo, en medio del desencanto, el amor cristiano puede recuperar su potencia liberadora.

Manuel Porcel Moreno, autor del segundo capítulo, se pregunta en él si nos encontramos ante la recomposición o la descomposición de lo religioso. Tras un estudio de cómo ha evolucionado en las últimas décadas el hecho religioso y sus características, plantea que el proceso posmoderno de descomposición de lo religioso se observa con claridad en tres puntos: el individualismo exacerbado, la práctica ausencia de gestión ideológica y la separación de lo sagrado de su sistema de significados. Porcel termina su exposición presentando algunos desafíos por afrontar para que la lógica de la secularización posmoderna no termine por configurar también la lógica de lo religioso.

El tercer capítulo está consagrado a ahondar en la relación entre la cultura y la verdad. La autora de estas páginas, Zaida Espinosa Zárate, se sirve del pensamiento filosófico de Fernando Inciarte para defender que, “lejos de dificultar o entorpecer la búsqueda de la verdad, penetrar en el mundo de la cultura es el único medio de aproximarse a ella” (p. 78). De hecho, considera que no existe propiamente un dualismo entre la verdad y la cultura, porque no son realidades separadas, sino que señalan dimensiones distintas de la realidad.

La segunda parte del libro está constituida por cuatro capítulos que, en esta ocasión, se ocupan de la interpretación. En ellos se busca presentar directrices que orienten el pensamiento, la

presencia y el modo de actuar de los cristianos en este horizonte social. Xabier Pikaza es el responsable de iniciar esta sección con un estudio en el que, a partir de una lectura de Mc 9,38-42, presenta los rasgos principales del mensaje de Jesús desde la perspectiva de la identidad y la misión de la Iglesia en la actualidad.

El pasaje marcano que centra este estudio y que sirve de base para la propuesta de Pikaza es aquel en el que, ante la queja de Juan porque hay quienes expulsan demonios en nombre de Jesús sin ser del grupo de los apóstoles, Jesús invita a no impedirlo y plantea que quien “no está contra nosotros está a favor nuestro” (Mc 9,40). Así, esta perícopa permite proponer que no es este un tiempo de enfrentamientos, sino de impulsar esa *dynamis* de Dios que es salud y curación para toda la humanidad.

Juan Antonio Estrada, por su parte, se centra en aquello que la creencia cristiana puede aportar a los problemas actuales y cómo, tal y como reza el título de su aportación, “la creencia interpela a la increencia”. Así, Estrada muestra, por ejemplo, la necesidad de una ética mundial también religiosa y cómo una Iglesia, que dé protagonismo a los laicos y asuma su condición sinodal, puede dialogar e influir en una sociedad democrática que aspira a la igualdad de todos los ciudadanos.

El estudio que ofrece Enrique Gómez García tiene una doble vertiente. Por un lado, presenta el modo en que los últimos Papas han abordado la cuestión de la secularidad y del proceso de secularización, tanto dentro como fuera del espacio eclesial. Por otro lado, va más allá de la habitual consideración de que la secularidad brota del cristianismo para reclamar la dimensión cristiana y eclesial de la laicidad, en una especie de “extrañeza inclusiva”. El autor recurre al término “extrañeza” para apuntar a una diferenciación que no supone separación, sino que, más bien, es posibilidad de diálogo y reciprocidad.

La última colaboración de esta segunda parte del libro queda en manos de Enrique Somavilla Rodríguez. En sus páginas, el autor busca poner en relación tres realidades: teología, fe y secularidad. Tras un recorrido histórico, reflexiona sobre la dimensión normativa de la tarea teológica y aboga por que la teología no se reduzca a una actividad técnica, que asuma un diálogo sincero con otras disciplinas y saberes humanos y que refuerce su carácter académico y constructivo.

Los tres últimos capítulos, con un tono mucho más práctico y pastoral, constituyen la tercera y última sección del libro. Esta parte se inicia con la reflexión de Josep Cobo Cucurull, que parte de la inquietante pregunta de si “es posible seguir creyendo en el Dios de los primeros cristianos ahí donde Dios no se da por descontado” (p. 197). Cobo va a defender que la crítica que la ilustración hizo al teísmo tradicional en realidad ha establecido las condiciones necesarias para poder comprender mejor la revelación cristiana. De algún modo, el autor del capítulo explica que la transformación cristiana se produce después del encuentro con el clamor de quienes no creen o de quienes “sobran”.

Emilio J. Justo Domínguez dedica un capítulo a desarrollar las simpatías o convergencias entre el cristianismo y la cultura actual. Así, descubre en la vivencia del nihilismo, la debilidad de la carne y la búsqueda de espiritualidad de nuestra sociedad puntos de encuentro que expresan, en realidad, la pasión compartida por nuestra cultura y el cristianismo por la libertad, que está vinculada al amor.

Cierra el libro el trabajo de Martín Gelabert Ballester que explora las consecuencias de ser “discípulo misionero”, que es la expresión empleada por el papa Francisco para referirse a los cristianos en *Evangelii Gaudium*, para concretarla en lo que implica en nuestro horizonte social.

La pluralidad y riqueza de las miradas que esta obra conjunta lanza a la cuestión de la secularidad y la transmisión de la fe en

nuestro marco cultural la convierte en un libro referente para quienes pretendan ahondar y reflexionar sobre esta realidad. [Iañire Angulo Ordorika].

